

ma, no cree en las manchas del sol; él ignora lo que son manchas, pero ha oído decir á Sor Gracia que son algo muy feo y repugnante; no, el sol no puede tener manchas. Toñín sigue callando: entonces el maestro le apostrofa con voz que suena á ira; habla de inobediencia, de desaplicación. Toñín, lleno de susto, rompe á llorar. Las sombras del árbol, paseando su rostro como manos amigas, enjugan sus lágrimas.

V

Toñín cuenta sus penas al clavicordio. Es el atardecer, y por las ventanas abiertas entra el aroma de las acacias, que es el incienso del mes de Mayo; se está poniendo el sol, y han empezado á regar el jardín; se oye el chapotear de los regatos y la lluvia fresca del agua de las mangas que cae sobre las hojas de los arbustos; una frescura mansa sube de la tierra mojada. Toñín respira acompasada y hondamente, como si fuese saboreando el aire, mientras sus manos resbalan sobre las teclas; la melodía que va como brotando de entre sus dedos es dolorosa. Inhábil y elocuente, suscita primero sonidos que plañen, que se entrecortan como sollozos: luego los lamentos se prolongan, parece que descansan en cierta placidez contemplativa; más tarde la tristeza se trueca en melancolía, los sonos se hacen blandos y arrulladores. Debe haberse acabado de

hundir el sol, porque se ha levantado un viento sutil que estremece las ramas de los árboles: el perfume de las acacias llega más intenso: en el aire vase suscitando esa pureza peculiar del crepúsculo que parece alejar y sutillar los sonidos: las voces como que brotasen en gargantas de cristal, y sobre todos los rumores flota la paz extraña del silencio. El clavicordio aguza su vieja voz como voz de niño; la melodía asciende en espirales limpias y penetrantes; hace un momento estaba llorando, y ahora creo que está diciendo una oración. Toñín suspira, y en su frente se enciende una llama de gozo: luego, quedito, comienza á pronunciar palabras á compás de la música; palabras peregrinas que cuentan sus penas Dios sabe á quién. Estas melodías incoherentes son el consuelo de Toñín: es el clavicordio su amigo de las horas tristes, ¿á quién como á él se le pueden contar esas cosas sin nombre, que hacen tanto daño en el corazón? José Luis es sin duda buen compañero, pero le tiene horror á las penas, y no sabe decir palabras suaves para consolarlas. Cuando le hacen un daño no llora nunca, pero somormuja palabrotas soeces que dan miedo, y si puede se venga. A Sor Gracia tampoco se le pueden ir á contar tristezas, porque siempre tiene ganas de reír. Siempre que Toñín llora delante de ella, ella

le llama tonto; verdad que con oír la risa de Sor Gracia y con recibir aquellos coscorriones suaves que da algunas veces cuando se enfada, se siente casi casi tanto consuelo como con el sonar del clavicordio. ¡Sí, piensa Toñín, como resumen, Sor Gracia debe de tener una música de clavicordio dormida dentro del corazón!

Ya debe ser de noche, porque los pájaros no se oyen y han empezado á cantar los grillos: también cantan las ranas del estanque y llega intenso y embriagador el perfume de las madreselvas: el clavicordio suspira quedito. Sueña una campana, y á poco la voz de José Luis. —Pero Toñín, muchacho, ¿dónde estás? Hace ya un cuarto de hora que han tocado á cenar: tú con la música te entonteces.

—¿A ti no te gusta la música?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me pone triste.

—¿Y no te da gusto estar triste, un poquito triste alguna vez?

—¿Gusto estar triste?

—Sí, un gusto suavcito que hace llorar.

—Vamos, chiquillo, tú estás gilí.

VI

El ropero está fresco y huele á lienzo limpio y á membrillos maduros. Es casi mediodía, pero el calor de fuera no puede profanar la penumbra, conservada merced á los cuidados prudentes de la hermana ropera. La hermana ropera es este mes Sor Gracia. Se la oye ir y venir prestamente sobre el entarimado lustroso, y mientras va y viene, charla con Toñín.

—¿Qué está usted haciendo ahora, Sor Gracia?

—Doblando sábanas, hijito; si vieras qué bien arrolladas las voy poniendo en el armario. Anda, ayúdame tú..., toma esta punta, y esta otra..., y estira; pero más fuerte, hombre, más fuerte. ¡Válgame Dios, qué poco arranque tiene este muchacho! ¡Pues no ha dejado caer la sábana! ¿No te da vergüenza, criatura?

A compás de la música de sus palabras, la

monja se ríe y el niño ciego se ríe también. Doblada la primera sábana, Toñín se adiestra como por encanto en el manejo del lienzo fresco y escurridizo, y la faena adelanta gozosa; una sábana, y otra, y otra más.

—¡Qué talentazo tiene este muchacho! ¿Sabes, Toñín, que eres buen ayudante? Desde hoy todos los jueves cuando doble la ropa vienes conmigo. A ver si sabes estirar las cintas de las almohadas: se hace así, mira.

Los dedos de la monja se trenzan con los del chicuelo para enseñarle el intríngulis del estirar. ¡Y de qué buena gana se ríe, mientras que él nimiamente va plegando las cintas!

—Así, así se hace. ¡Cuando te digo que eres un Salomón!

—Sor Gracia—interroga Toñín—, ¿cuántos años tiene usted?

—¿A ti qué te importa, arrapiezo? Veintidós he cumplido el día de la Virgen de Agosto.

—¿Y siempre, siempre ha sido usted monja?

—¡Válgame Dios! ¿Tú crees que las monjas nacen como los hongos? Tengo cinco años de vocación.

—¿De vocación?

—Sí; que hace cinco años que tomé el hábito, vamos, que soy monja, como tú dices.

—¿Y por qué no ha venido usted antes con nosotros?

—Porque no me mandaron. Mira; hasta que vine aquí estuve en un colegio de niñas sordomudas.

—¡Sordomudas!

—Sí, hombre, que no hablan ni oyen.

—Que no oyen; ¿entonces no la oían á usted cuando hablaba?

—Claro que no.

—¿Ni á los pájaros del jardín?

—Ni á los pájaros.

—¿Ni al piano, ni al agua de la fuente, ni al aire que pasa por los árboles?

—Ni al piano, ni al aire, ni al agua; las niñas sordomudas no oyen nunca.

Toñín se calla; él siente dentro del corazón que aquellas niñas que nunca oyeron músicas ni risas deben ser muy desgraciadas, y quisiera decírselo á su amiga la monja, pero no halla palabras, ¡porque esas cosas hondas son tan difíciles de decir!

—¡Dice usted que nunca!

—Nunca en esta vida; pero cuando se mueren, si han sido buenas y van al cielo, se desatan las lenguas de las niñas mudas.

—¿Se desatan las lenguas?... ¿De verdad, de verdad?

Avidamente el niño parece ir desvelando

algún misterio; la monja atisba perspicaz el aleteo de su esperanza.

—Sí, hombre, sí..., y se abren los ojos de los niños ciegos.

—¡Los ojos!

—Claro está. Tú verás en el cielo: verás las flores que tanto te gustan y el sol y los árboles.

—Y el agua de la fuente y los pájaros... ¡Estoy pensando que en el cielo la veré á usted, Sor Gracia!

—¡Esperanzas en Dios, hijito! Ajajá, se acabó la tarea. Te has ganado el jornal. Abre la boca.

Se oye el apresurado repiquetear del colgante rosario, de algo, dedales ó medallas, que se revuelve en la profunda faltriquera; luego una cosa dulce entra en la boca de Toñín; luego suena un cachete seguido de una risa.

—Te tengo dicho que te he de matar, si vuelves á lamerme las manos. ¡Habrás visto chiquillo caprichoso! Ea, toma otro caramelo para que no pongas esa cara tan triste. ¡Jesús, ya están tocando á la oración!

La monja se aleja precipitadamente, y Toñín siente resbalar sus pasos sobre el entarimado del corredor: cuando ella va lejos, él se

acerca á la mesa que hay en el centro del ropero y hunde el rostro en el montón de lienzo fragante; y sobre su frescura cariciosa llora largo rato lleno de gozo.

VII

Con las primeras lluvias de Octubre va cayendo la tristeza sobre el corazón de los niños ciegos: ya no hay paseos en el jardín; ya el sol no quiere entrar en la clase, y la ciencia del maestro se ha tornado más árida y más dura; el clapotear del agua que cae es tedioso é inacabable. —Este cielo gris da gana de llorar—ha dicho Sor Gracia pasando por una galería. Parece que cuesta trabajo respirar el aire húmedo, y las paredes del caserón huelen á moho y á melancolía.

Ha estado lloviendo toda la tarde: en el rectorio, á la hora de la cena, hase leído una abrumadora historia de santo. A Toñín, las palabras de la lectura le han parecido martillazos que fuesen con pausa golpeándole sobre los sesos, tanto, que terminadas cena y lección, al intentar ponerse en pie, casi se ha desmayado: gracias á que el brazo robusto de

José Luis pudo prevenir la caída. Ahora que es media noche, en la paz silenciosa del dormitorio, continúa sintiendo en el cerebro el importuno martillar. ¡Qué pegajosa está la ropa de la cama! La humedad todo lo penetra y parece ir deshaciendo la carne con lenta frialdad; Toñín piensa que tiene el cuerpo hueco y la cabeza de plomo: luego la cabeza, como que también se disuelve, y sólo queda una cinta de hierro que aprieta en las sienas. ¿De qué estarán hechas las sienas, que tanta fuerza tienen para resistir? La cinta de hierro se va calentando; primero estuvo tibia y ahora arde, y flotan en torno olores nauseabundos: huele al tabaco del maestro, y huele á los bancos de la capilla, que hace dos meses estuvieron pintando, y luego hay un humo como de incienso que huele á cera caída en brasas. Aquellos olores deben de tener pinchos, porque subiendo nariz arriba, se clavan en el entrecejo y muerden. ¡Santo Dios, cómo muerden! ¿Dónde está la fragancia de las rosas de Mayo, y la frescura bien oliente de las lluvias de Agosto, y el olor á membrillo de la ropa limpia? Toñín imagina vagamente que aquel espantoso dolor del entrecejo habría de curársele oliendo aquel olor á membrillo. Si Sor Gracia quisiera llevarle al ropero... El niño grita con voz de animalejo desvalido.

—¿Qué te pasa, Toñín?—pregunta José Luis, que duerme en la cama de al lado; Toñín quisiera responder, pero no puede: la abrasada cinta que le aprieta la frente le tiene atadas las palabras, y sigue gritando. Entonces del fondo del dormitorio suscítase un rumor, como de pasos que se acercasen, y el rumor, que adelanta, se detiene al llegar junto á la cama. —¿Estás malo, Toñín?—Es la voz de Sor Gracia. Bien pronto descansa sobre la frente la frescura de las manos suaves, y hay palabras quedas que aligeran la pesadez del aire enrarecido. Toñín se calla: la monja va y viene: se oye tintinear de plata sobre cristal. —¡Bebe, hijo mío, bebe!—¿Por qué tendrá Sor Gracia esta noche la voz grave y sin risas? —¿Estás mejor? Verás cómo te duermes en seguida.—Las manos suaves arreglan el embozo, y los labios se posan sobre la frente dolorida para curarla con un beso.

Entonces se oye un grito en la cama de al lado. Sor Gracia se vuelve, y escudriña. Es José Luis; pero parece que está dormido.

La lluvia, que ha empezado á caer de nuevo, plañe en los cristales monótonamente.

VIII

Hoy ha salido un rayo de sol. Y los niños ciegos salen á gozar de él, como bandada de pájaros frioleros.

El suelo está mojado y escurridizo, y sube de la tierra un olor á muerte: el de las hojas que se están pudriendo.

No hace frío; pero el aire, hecho tangible por la humedad, envuelve los cuerpos en cendales viscosos; los rizos se pegan á las frentes como en sudor de calentura. Los niños hablan quedo y se aprietan unos contra otros para defenderse de la influencia entorpecedora del aire. Delante de todos, marchan Toñín y José Luis. Toñín siente en los ojos y en las sienas huellas del sufrir de la noche; parece que le están tirando de la piel del rostro, y nota como si al huír la jaqueca, merced á la droga que Sor Gracia le hizo beber, se hubiera llevado los sesos con ella. Va andando como en sueños,

pensando sin pensar en cosas informes ó fragmentarias. ¡Qué trabajo, qué dolor sin dolor, reunir los pedazos de una idea ó juntar dos palabras! Por eso calla. José Luis va callando también: lleva fuertemente cogida la mano de su amigo, y le hace caminar por bruscas sacudidas, muy de prisa unas veces, otras con lentitud desesperante. Toñín advierte lo extraño de la marcha, pero no tiene fuerzas para preguntar á su guía el por qué del caminar caprichoso. Pasan por debajo de un grupo de árboles: acaso un pájaro rezagado, acaso una ráfaga de viento, mueven las copas á medio despojar, y cae un remolino de hojas húmedas, y unas cuantas gotas de agua que vienen á dar en los rostros de los muchachos. ¡Qué gozo de frescura, Virgen santa! Sobre la frente aún calenturienta de Toñín, sobre sus ojos fatigados, las hojas que acaban de morir y las gotas de lluvia, que han pasado la noche sobre los árboles, cara al cielo, que han bebido el frescor de la madrugada, son como un bálsamo y como un sortilegio. ¡Si siguieran cayendo eternamente, si perdurase su refrigerio hasta que toda fiebre se hubiese extinguido! Toñín busca á tientas el tronco de uno de los árboles y le empuja con violencia: un chaparrón fragante y rumoroso cae sobre él: su cuerpecillo se sacude en estremecimiento de bienhe-

chora voluptuosidad y abre los labios para beber las gotas que le resbalan rostro abajo: saben á gloria aquellas gotas frías, que se deshacen sobre la lengua como golosinas de hielo... Y continúa sacudiendo el tronco.

José Luis refunfuña malhumorado: ¡Estás loco, chiquillo! ¡Nos hemos puesto como una sopa! ¿Quieres dejar quieto ese árbol? Toñín se detiene; la voz de su amigo ¡lleva tal aspereza inusitada de rencor y de odio! Suelta el tronco y echa á andar lentamente.

Los niños ciegos van como siempre, camino de la verja, á la explanada, donde no hay peligros y se puede correr y saltar: todos saben de memoria el camino, conocen la caricia del cielo abierto sobre sus cabezas, el crujir de la arena en el sendero bien cuidado, el rumor quedo de los arbustos que crecen á un lado y otro, el olor acre de los bojés: por eso Toñín se asombra cuando pasado un rato siente bajo los pies una tierra blanda y pegajosa que se desmorona sin ruido, y se encuentra envuelto en un aire cargado de olores extraños, como de yerba crecida á la sombra de ramazón profusa. Advierte también que se han alejado las voces de sus compañeros y se nota cercado de soledad. —¿Dónde vamos?—grita con inexplicable sensación de espanto. José Luis no responde. —¿Dónde me llevas?—repite el

niño—. Entonces hay una gran tragedia silenciosa. José Luis empuja violentamente á su amigo, que pierde el equilibrio, y va rodando talud abajo hasta hundirse en las aguas fangosas de la ría.

IX

En el silencio del dormitorio José Luis llora desesperadamente, abrasado de fiebre y de remordimiento. Han sacado á Toñín de la ría, porque él rompió á gritar y acudió gente; pero ya estaba muerto. —¡Qué horror, Dios mío, la muerte en la casa!— Las monjitas lloraban y los niños estaban enfermos de miedo. Ahora que se han dormido se oye un coro de alientos afanosos; todos están soñando la visión espantosa del niño que murió. José Luis se ahoga, tiene la boca seca, la garganta abrasada, los ojos escaldados de llorar. Ahora quiere furiosamente á su amigo, á su Toñín, al niño amante de las dulces músicas y los olores suaves; ¡le quiere como nunca y le tiene miedo! ¿Qué suena? Son las aguas podridas de la ría que van subiendo, subiendo, subiendo, que rodean la cama, que la inundan, que ahora mismo le van á sepultar. —¡Toñín, Toñín!— A los

gritos, como la noche antes, Sor Gracia se acerca; se la oye llorar. —¿Qué pasa, José Luis?— Movidas por la santa piedad, las manos se posan sobre esta otra frente que tiene calentura. Y José Luis, en súbito arranque de odio, coge las manos, las estruja y las muerde furioso: la monja grita, quiere huír; pero él muerde más y más, destrozando la carne suave y fresca: hasta que la tibieza de la sangre le baña el rostro, y entonces en súbito desmayo desfallece. Sor Gracia huye, y sus gritos, fatídicas voces de la noche, van sembrando pesadillas trágicas en los corazones de los niños ciegos, que ya están dormidos.